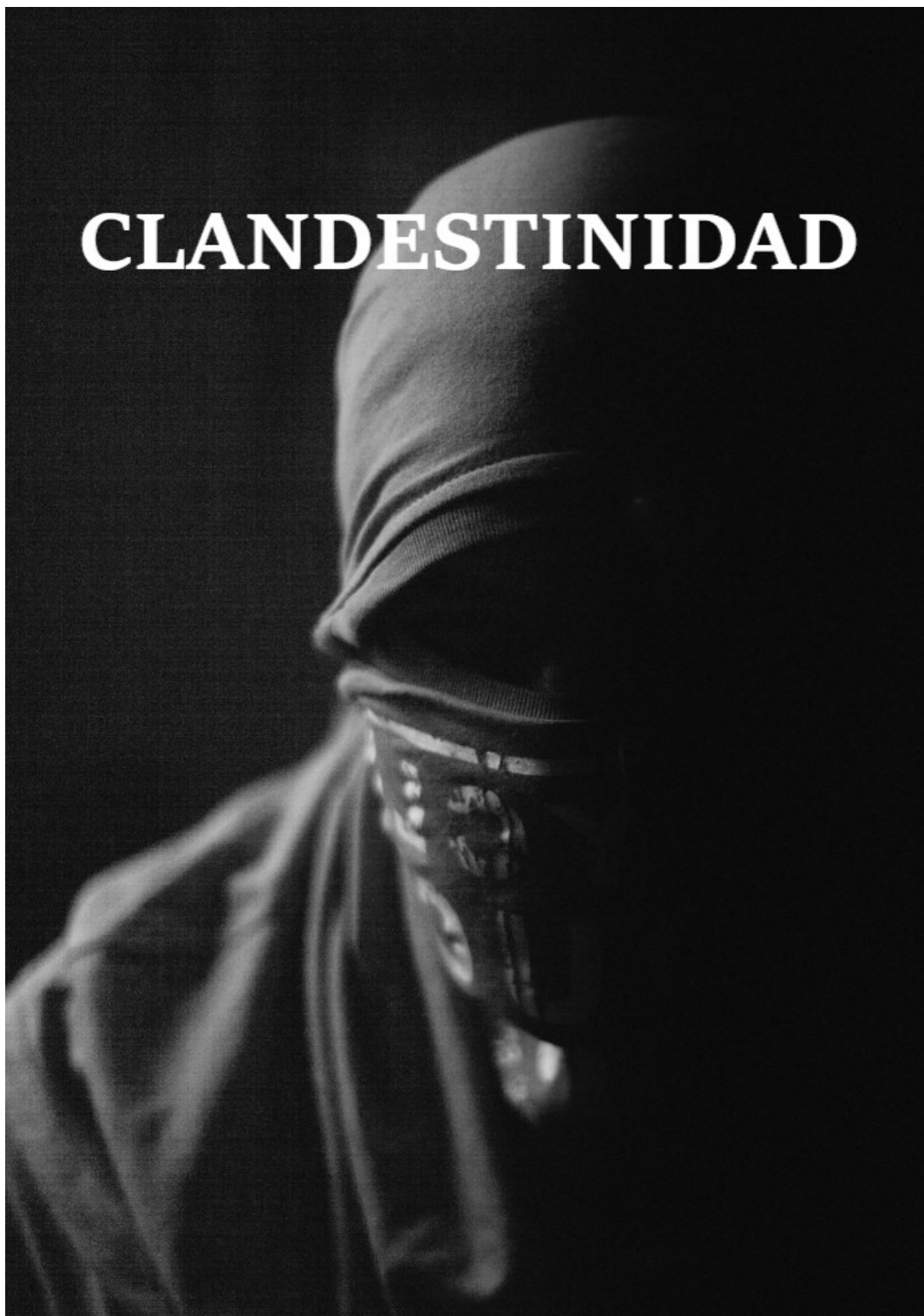


Clandestinidad

Juan Sierra



Capítulo 1

Al planeta Cirín, habitado por los cirínos, llegó la ley anti-amor, y el amor fue prohibido. Para llegar a dicho planeta tienes que tomar la autopista de oriente (recién terminaron las obras de ampliación para evitar la congestión cósmica), allí ubicar la salida vehicular de nuestra Vía Láctea, luego tomar la ruta 29 hacia el norte que va directo a la constelación de Andrómeda, te llevará un poco más de 2,5 millones de años viajando a la velocidad de la luz, así que debes tener presente llenar el tanque de nafta. Una vez en la nueva galaxia, avanzar hasta la primera rotonda, la Supernova 1885, y ahí virar a la derecha. Seguir el recorrido unos trecientos años luz y, en frente de la primera estación de servicio, encuentras el planeta Cirín.

Esa fue, por lo menos, la ruta que yo tomé como corresponsal para cubrir la noticia que llegaba hasta los confines del universo: la ley anti-amor impartida por la clase política del planeta Cirín. Todo comenzó cuando los científicos cirinos hicieron un hallazgo importantísimo que cambiaría las dinámicas de su sociedad. Descubrieron que el amor, aquel sentimiento fundamental en sus vidas era, en realidad, peligroso y contraproducente para la salud. Esto debido a que la estimulación de la tarinisina (la hormona relacionada con las relaciones afectivas en su sistema endocrino) implicaba una serie de complicaciones en la sangre, desatando fiebres, convulsiones, destrucción paulatina del sistema inmunitario, afección en varios órganos, y posteriormente la muerte. En la gran mayoría de los casos, si no se trataba con medicamentos adecuados, las complicaciones ocasionaban una muerte agónica y dolorosa para los pacientes; y cabe destacar que dichos medicamentos, por su compleja elaboración y por las corporaciones que los patentaban, eran muy costosos y de difícil acceso.

Los cirínos entonces no podían enamorarse, porque corrían el riesgo latente de perder la vida. Pero nadie podía detener el sentimiento cuando dos cirínos, por ejemplo, se encontraban en el tren, se miraban a los ojos y sabían que estaban hechos el uno para el otro; o cuando la valentía de un tímido ciríno por fin florecía y rompía el silencio del cine con un atrevido beso en los labios de su cita. Por ello se acrecentó el número de muertes por año, convirtiendo al amor en una pandemia incontrolable. Los cirínos morían en pareja cuando el sentimiento era real, y esta hermosa tragedia llevó a la especie a los albores de la extinción. Así que las autoridades, angustiadas por el temor a desaparecer del mapa cosmológico, pero sobre todo por la falta de mano de obra y el pago de impuestos para reabastecer las arcas, determinaron, por ley constitucional, penalizar todo tipo de demostración de afecto y/o encuentro sentimental entre dos o más individuos. Se promovió y

publicó la nueva ley anti-amor como plan de gobierno y proyecto político, el cual debía acatarse y cumplirse en todos los rincones del planeta. Hubo un despliegue militar y policial como nunca antes visto por las calles ciríneas: se prohibieron los boleros, se realizaron maratones completas de quema de libros en parques y plazas, donde la leña era siempre las novelas y los poemas de amor. Las uniones conyugales, producto del sentimiento puro y no de los intereses sociales y económicos, fueron obligadas a separarse y perder todo tipo de comunicación. Se cerraron los rosales y los acantilados, se destruyeron los bancos frente al río, se interceptaron las correspondencias, y se hizo persecución exhaustiva a los amantes, comenzando una época de ejecuciones sumarias y desapariciones forzadas.

Pero no pasaría mucho tiempo hasta que los ciríneos se organizaran y constituyeran los primeros grupos insurgentes del amor. Los amantes planificaban y ejecutaban encuentros en la clandestinidad, algunos grupos conformaban tertulias literarias con las historias y los versos que aún no habían pasado por el fuego, irónicamente, para mantener viva la llama. Los valientes amantes organizaban, a la sombra de la ley, de los preceptos y de los militares, encuentros en el anonimato buscando la intimidad, haciendo, en el sigilo y la prohibición, aún más vehemente y audaz el amor. Los medios de comunicación, cómplices como siempre con las nuevas posturas y dictámenes de las autoridades, señalaron a los insurgentes amantes como un bloque terrorista suicida que atentaban directamente contra la existencia de la especie; los hacían pasar como un grupo de inconscientes y subversivos que querían acabar, sin motivo alguno, con la vida y subsistencia de los ciríneos. Así convencían y manipulaban a la sociedad en general haciendo creer que encontrar una pareja y enamorarse era un crimen imputable.

Pero los amantes rebeldes supieron resistir y supieron luchar. Desde la clandestinidad supieron soportar el despliegue contrainsurgente desatado por la clase política y la dictadura del desamor. Gracias a los amantes al margen de la ley el beso mantuvo su significado, no importaba que enamorarse fuera una enfermedad de transmisión emocional, o que el amor surgiera en el encuentro de dos kamikazes. No importaba que la tasa de mortalidad se incrementara, o que pensar constantemente en otro ser fuera el inicio de un padecimiento terminal. Nada de eso importaba porque los ciríneos insurgentes sabían y entendían perfectamente que, aunque su cuerpo no estuviese preparado para amar, vivir con miedo era mucho peor que morir de amor.